

ct

Kultur

de
Pablo Gisbert

(fragmento)

Te quedas mirando la planta que tienes en el salón de tu casa. ¿Cuánto tiempo hace que no la riegas? Hace unos años asististe a una especie de performance en la que un chico conectaba unos sensores a las hojas y a los tallos de unas 10 plantas. Los sensores transformaban las reacciones de las plantas en sonido, y cuando el chico zarandeaba el tallo o arrancaba hojas, las plantas reaccionaban emitiendo estridentes sonidos dependiendo de la agresividad sufrida por la planta. Pensaste que todo el mundo es susceptible de sufrir: animales, plantas y personas, y que ninguna ley puede regular un sufrimiento standard: ¿Un niño sentado 6 horas cada día en una silla frente a un profesor es una situación violenta? ¿Una granja con cerdos engordando para ser comidos es una situación violenta? ¿Un hombre trabajando desde los 16 años hasta los 65 en una fábrica es una situación violenta? Tú estuviste sentada 6 horas cada día frente a un profesor, comiste carne de cerdo, tu padre ha trabajado toda la vida en una fábrica y después de todo piensas que tuviste una bonita infancia.

Te levantas de la mesa inmediatamente y decides vaciar la botella de agua en la planta. Hace poco leíste un artículo de biología en una revista científica que te impresionó. En este artículo un biólogo español propone la idea de que el planeta Tierra es una gran flor llena de vida, de color y de sensualidad; y que la única misión en la vida de esa gran flor, que es la Tierra, es transportar la vida a otro planeta. Ese biólogo imagina a los seres humanos como millones de insectos y, de entre todos esos millones de insectos que somos, uno será capaz de transportar la vida fuera del planeta Tierra. Desde el inicio de la microvida hace 4.000 millones de años hasta el día que tú naciste, todo ese largo camino es la carrera evolutiva en vistas a salir algún día de la Tierra, porque el mismo planeta sabe que algún día va a morir, como también lo sabes tú que observas ahora mismo la planta que tienes delante. De ese modo, nuestro papel sobre la tierra, contrariamente de lo que se piensa, es extremadamente útil. La Tierra nos está utilizando para polinizar de vida otros planetas al igual que, para reproducirse y sobrevivir, la flor utiliza al insecto

Ese deseo de la Tierra de escapar de sí misma explicaría que muchos de tus comportamientos son naturales. Porque si la misión de la vida es huir del planeta, eso, a pequeña escala, explica que tú hayas necesitado durante toda tu vida salir de tu propio cuerpo: Está en tu gusto por la abstracción, en tu obsesión por viajar lo más lejos posible, en leer cosas que te transporten a otros mundos, en beber alcohol hasta desaparecer, en necesitar que el sexo te replantee los límites del cuerpo. Porque como le dijiste una vez a una amiga: creer en Dios, beber alcohol, masturbarse o viajar lo más lejos posible, es todo lo mismo: el intento de salir de un cuerpo que se acaba.

¿Qué hubiera pensado un artista de hace 1000 años, si hubiera podido trabajar de noche y con auriculares? Hasta hace tan sólo 100 años, para trabajar tranquilamente se necesitaba la luz del Sol. Schubert tocaba el piano por la mañana hasta la hora de irse a la taberna, y por la tarde se emborrachaba en la taberna hasta la hora de irse a dormir. Cuando eras joven llegaste a escribir bajo los efectos de la marihuana; pero a la mañana siguiente leías lo escrito y todo era solemne y sin ningún tipo de sentido del humor. Aún así hay buenos escritores que han escrito sus mejores libros con algún tipo de alteración psíquica: Baudelaire fumaba hachís, Bukowski bebía todo el día y William Burroughs amaba la heroína.

No sólo tú como escritora construyes un *alter ego* poderoso: millones de personas fabrican digitalmente en internet la imagen por la que les gustaría ser presentados al mundo. Piensas que cada día millones de personas ejercen una actitud performática definiéndose a sí mismas frente a los demás, como en su día la tuvo Marcel Duchamp, Andy Warhol o Salvador Dalí. Tu madre, sin saberlo, también tiene la misma actitud performática; pero ella no es consciente de la imagen que

quedará de ella después de haberse pasado los últimos años de su vida posteando las reuniones familiares y comentando los videos de sus caminatas por la montaña. Por supuesto que nadie buscará a tu madre en internet como quien busca a Charles Manson, pero su imagen digital permanecerá como resto arqueológica para que tal vez tus familiares dentro de 300 años se hagan una idea de tu madre a partir de verla sonreír delante de la Torre Eiffel.

Piensas en la pregunta que te hizo uno de tus alumnos esta mañana en clase de literatura: ¿Por qué siempre se ha hablado de lo mismo? Ahora mismo estáis leyendo tragedias griegas. En un principio a tus alumnos no les interesaba demasiado ni Medea, ni Antígona, ni Edipo, porque a veces el lenguaje es un poco críptico. Tu trabajo ha sido descubrirles que Indiana Jones está basada en Jason y los argonautas, que Taxi Driver está basada en La Odisea, que Frankenstein está basado en Prometeo, y para tus alumnos más cinéfilos, que Vértigo de Alfred Hitchcock está basado en el mito de Orfeo. Así es más fácil hacerles entender que siempre nos estamos contando el mismo cuento los unos a los otros, pero ahora con un chandal Adidas, comiendo sushi y comprando en Amazon. Les has explicado a tus alumnos que entre los 900 años que separan el esplendor de Grecia y la decadencia del Imperio Romano hay una enorme diferencia en cómo se representaba la violencia en el arte. Las tragedias griegas eran lo que para nosotros hoy significan las series de Netflix, pero en cambio nunca se mostraba la violencia al público porque, para los griegos, la violencia no tenía ninguna justificación artística: por eso Medea mata a sus hijos dentro de palacio, Edipo se arranca los ojos fuera de escena y Antígona se ahorca sin que nadie la vea. Siempre a escondidas del público. Todo cambió 900 años después con el final del Imperio Romano; mientras Roma se desintegraba y sus ciudadanos enloquecían, sus teatros experimentaron en las tragedias un interés por la violencia explícita: Medea mata a sus hijos delante del público, Edipo se arranca los ojos delante del público y Antígona se suicida delante del público. El miedo al final de una época hizo que los romanos necesitaran representar y observar en escena la violencia y el terror que sentían por dentro. Les explicaste a tus alumnos que ahora mismo también se está experimentado algo parecido con la música, las películas y las series actuales. Está es nuestra cultura: observar la sangre que chorrea, el orgasmo en primer plano o cómo brotan las lágrimas de la persona que sufre, desde la trinchera de una pantalla.

Acabaste la clase inventándote una especie de metáfora que hizo que tus alumnos se quedaran en silencio: “La sangre, el orgasmo y el llanto son símbolos líquidos del deseo humano por una verdad superior que no llega a comprender. Cuando observamos estas tres expresiones íntimas, intentamos encontrar una exaltación, un ascenso, como si se tratara de un elemento sanador, algo sublime, algo que, por fin, sea real frente al exceso de artificialidad. Siento que estamos entrando en otra época, que es lo mismo que les pasó a últimos ciudadanos del Gran Impero Romano. Piensas: ¿Qué recordarán tus alumnos de todos tus años como profesora?”